

LUIS FELIPE ROJAS

Artefactos



Edición: Michael H. Miranda

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Imagen de cubierta: *Portrait of Madame Josette Gris*
(1916), de Juan Gris

© Luis Felipe Rojas, 2021

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2021

Segunda edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798285672685

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Los cuentos siempre comienzan por una frase, una voz que escuchas en tu entorno. Mi madre, Luisa Rosabal, leía a Salgari para los trabajadores haitianos que vivían en la habitación contigua a la nuestra. Nos separaban una pared de madera y un techo de bagazo de caña. No nos separaba nada. No nos separa nada. Todas las historias son una transfusión de voces. Los cuentos siempre comienzan por una frase, una voz que escuchas en tu entorno.

mañana pudiera ser la cuarta vez que vengan por mí. anteayer se llevaron la pierna derecha. con los ojos no pudieron, el agua turbia que brotaba de las cuencas los hizo detenerse. cuando vengan por los brazos intentaré persuadirlos del olor que les aguarda en las axilas. hoy debo ingeníármelas, no vayan a advertir estas sanguinolencias. ¿de qué les serviría mi cuerpo amoratado por el pus? ya están por regresar y cuando cesen las torturas querrán escuchar mi confesión, pero los esputos verdirrojos los harán volverse a casa. va a romper el alba y con ella tendría sentido mi último reducto de esperanza. si no es hoy, no podrán hacerlo nunca. no pudieron llevarse mis palabras como no han de hacerlo con ese extraño animal y esa luz tan blanca que se posan de noche en la ventana de la celda. amanece.

pudiera ser la última vez que vengan por mi cuerpo.

ARTEFACTOS

E staba sentada hacia media hora frente al tocador y no terminaba de desperezarse. Anotó dos números telefónicos en la agenda diaria y fue hasta el baño nuevamente. Sentada en el inodoro miró la blanca pared y descubrió un ojillo mágico que la miraba. Era una diminuta pieza de cristal convexo, de color oscuro, que la miraba y giraba sus luminancias hacia donde fuera el rostro de la muchacha. Terminó de orinar, secó los vellos y volvió a sentarse mirando con atención el ojillo recién descubierto. Era su mismo rostro en una miniatura asombrosamente definida. Lo primero que atinó a indagar fue cómo habían colocado allí ese dispositivo de escucha o visión, o los dos al mismo tiempo, al fin —dijo para sí—, como avanzan las tecnologías, pudieran estar transmitiéndolo en vivo, incluso para el mundo entero. Dos veces acercó el rostro al ojo mágico que le habían colocado dentro de su misma casa y en el lugar más íntimo que pudieron encontrar. Estiró las piernas, se repuso y se levantó, pero

volvió a sentarse. Alargó la mano y abrió la puerta aún desde esa posición. Primero se untó el dedo de saliva y lo repasó sobre el cristal pulido del artefacto. Después pasó la lengua directamente para ver el efecto que producía y el ojillo parpadeó varias veces hasta que estuvo listo nuevamente para recorrer el entorno al que tenía alcance. La mujer y el artefacto electrónico volvieron a mirarse y hubo un momento de expectación, de aceptación. Ella tiró la puerta y el ojo parpadeó en varias repeticiones. Afuera la mujer empujó sus pasos hacia la sala, hurgó en los interruptores, debajo de floreros, tapetes, ceniceros y lámparas. Cuando encontró tres artefactos más sólo los miró y los volvió a dejar en el lugar en que estaban.

Dos días después seguía buscando y ya tenía cuenta de que observaban su vida palmo a palmo sin que se escapara absolutamente nada. Desde entonces recibía las visitas en el zaguán, donde no había descubierto un solo aparato, pero desconfiada, dadas las circunstancias, tomaba dos talones de papel amarillo, uno para ella y otro para el interlocutor de turno y así transcurrían las conversaciones hasta el final. Cuando la visita se marchaba se deshacía de los papelillos echándolos por el tragante.

Dos semanas después de aquel método de contravigilancia, la oficina de Seguridad de su distrito le pasó una citación por debajo de la puerta, a la que no hizo caso, pero a la tercera advertencia de ir a parar a los tribunales por negarse a testificar,

acudió. Ese día, cuando salió de la oficina sólo recordaba la reprimenda del funcionario vestido de civil que la interrogó por última vez. No quiso entrar a la casa hasta tarde en la noche cuando se deslizó en la cama sin hacer ruido ni encender luces. A la altura de la madrugada despertó resacada por tanta preocupación. Vio dos lucecillas rojas que penetraron por el alto ventanal para posarse debajo de una foto de campo que colgaba de la pared. Por unos segundos cerró los ojos, pero las lucecillas seguían más allá de sus pupilas o la fuerza con que apretaba sus párpados para no ver la nueva realidad. Las lucecillas permanecieron bastante visibles hasta entrada la mañana, cuando se fueron desvaneciendo como en una difuminación especial. Fue disparada hacia el baño, desplomó todo el orine que llevaba desde la noche anterior y cuando se fijó en el lugar donde había visto el artefacto por primera vez solo había una chispita de cemento a manera de repollo, rematando un orificio en la pared. Se levantó sin secarse.

En dos horas de búsqueda infructuosa no pudo recordar incluso algunos ojitos que había visto el día del descubrimiento. Pensó en la mala alimentación, el sueño a medio hacer y las peleas con su amante de días atrás, pero era imposible negar lo evidente. En varios rincones de la casa quedaban pegoticos de cemento donde antes hubo un ojo mágico para ver, oír y seguir sus pasos dentro del recinto. Levantó el auricular, pero no había tono. Su móvil también tenía aviso de falta de

cobertura. Buscó un vaso de agua fresca, que bebió sorbo a sorbo hasta el final. Volvió a quedarse dormida. En el sueño el funcionario de civil la requería, el ojillo mágico del baño le hacía señales suplicándole atención. Dio vueltas mil veces en la cama hasta que despertó al atardecer, con la casa a oscuras otra vez, la ciudad alborotada todavía y dos lucecillas rojas rondando toda la pared hasta quedarse posadas debajo de la fotografía campestre. De los círculos rojos, el láser devolvía el rostro de la mujer en uno de ellos y en el otro una cifra de once números le recordaba su documento de identidad.

Afuera la ciudad lucía impasible.

CUESTIÓN DE PERROS

La violinista llegó temprano a sentarse en el banco que mira hacia 5ta. Avenida. A esa hora Central Park es bastante tranquilo. Enseguida llegó la abogada con su animalito pintoresco, era una *spaniel* blanca con las orejas negras. Se saludaron con un leve estrechón de manos. La perra olió los tenis gastados de la mujer que toca el violín.

Esperaron unos minutos y en la acera apareció la figura regordeta de la arquitecta.

—¿Trajiste los documentos? —preguntó a la abogada la dama que lucha porque le aprueben un proyecto de puentes en la zona del Alto Manhattan.

—Sí —respondió ella, orgullosa y segura.

El perro de la arquitecta fue directo a oler a la perra de la abogada. Los animales se miraron antes de olerse, se pasaron las lenguas por las narices frías y sudorosas. Dieron dos vueltas alrededor de cada uno hasta que la arquitecta dio un jalón fuerte de su perro. El perro tosió. Sacudió

la cabeza, después movió con soltura el diminuto cuerpo acilindrado, hasta que por la sacudida terminó botando toda la energía por la cola.

La perra que llevaba la abogada lo miraba compasiva.

La violinista no había hablado ni una palabra.

La abogada sacó un fajo de papeles de su mochila. El primer pliego lo entregó a la arquitecta y el segundo lo atenazó con sus dedos flacos, sembrados de anilllos.

La arquitecta comenzó a revisar las hojas, los formularios, cajuela por cajuela. Las descripciones estaban hechas con una tinta azul pálido y pensó dónde habrían comprado un cartucho con aquel tono.

En el otro extremo del parque unas figuras se movían de manera más rápida que lo normal. Ese día era el último entrenamiento permitido bajo vigilancia y cuidado de la ciudad para los maratonistas que llegaban de todas partes del mundo. El domingo se correría la carrera más popular y dura del planeta.

La mujer músico sacó un cigarrillo para encenderlo, pero sólo llegó a ponerlo en sus labios. El perro de la arquitecta bufó, echó para atrás y su dueña se dio cuenta enseguida.

—No, por favor —dijo la jurista y le señaló la fosforera, a punto de explotar su chispa cerca de la breva—, no lo hagas.

La mujer no tuvo más remedio que volver la operación marcha atrás.

La perra que traía la abogada intentó acercarse al animal que tenía más cerca. Pero ambos dueños tiraron de las cintas al mismo tiempo, cronometrados por el protocolo que se habían inventado para la ocasión. Y dejaron todo en suspenso. El clima ya estaba un poco caldeado.

Por la esquina norte de Central Park empezaron a asomar unos diez atletas africanos. Un espectáculo. Iban a paso firme, alargado y lento, como animales que se exhiben en una pradera. La gente se paró de sus bancos y comenzó a fotografiarlos. Seguramente en ese grupo estarían algunos finalistas. Hacía muchos años que venían ganando los mejores lugares de la maratón del domingo.

El perro de la arquitecta metió el hocico en la yerba cuando se acercaron los atletas. La perra de la abogada se alebrestó y tiró fuerte hacia la acera por donde iban a pasar los africanos. Ella, la arquitecta, soltó la perilla de agarre de la cinta y el animal se puso en el mismo borde del contén. Una de las mujeres sudorosas y con el rostro negro y brillante se agachó para saludar a la perra. El animalito pegó dos brincos de alegría, la maratonista hizo unas señas de cerca, sin tocar las orejas negras del animalito. Se saludaron así: la corredora moviendo la mano como el aspa de un ventilador, la perra sacudiendo el rabo de alegría. Los demás atletas

aminoraron la marcha y la mujer se incorporó y siguió con ellos. Cuando desaparecieron, el perro de la arquitecta levantó unas hojas secas que se habían caído en la yerba de Central Park. Se estrujó la nariz y estornudó. Los perros se miraron.

Las mujeres no habían hablado hacia varios minutos.

La arquitecta dijo que no. Ahora no puede ser, amiga. Revisa bien. En la hoja número tres hay un error en la dirección de nuestra vivienda. Revisa esto y luego hablamos otra vez.

—¿No los podemos aparear hoy? —preguntó un tanto molesta la abogada.

—No, lo siento, pero no desesperes —le contestó la mujer.

Los animales se miraron con compasión. Los tres. La perra de la abogada se distanció y se puso cerca del contén, quizás para cuando pasara otro grupo de atletas, los japoneses tal vez.

La abogada le arrebató el fajo de papeles a la arquitecta, que se sorprendió de la brusquedad.

—No se alteren, amigas —dijo la violinista, que contenía con estoicismo hasta ese momento las ganas de fumar. Tengan paciencia y comportémonos como personas civilizadas.

La abogada revisaba nerviosa, con un ligero temblor, la hoja donde le habían dicho del error.

—¿Ya ves? —dijo la arquitecta y señaló a la perra de su amiga. El animal había dejado una

pequeña espiral de mierda, pequeña y prieta entre la hierba fina de Central Park.

Entonces la mujer regordeta metió la mano en su bolsa y sacó un periódico, estrujó una hoja y envolvió la pelotica de excremento. La arquitecta hizo un mohín de disgusto. A lo mejor esperaba que sacara una bolsa de nylon, desecharable.

—Son esas cosas, amiga —le dijo a la arquitecta.

Ella no respondió. La mujer que tensaba en las tardes las cuerdas de su instrumento sintió ganas de fumar, de manera incontrolable en esta ocasión.

Las dos mujeres que harían la transacción esa mañana se estrecharon las manos con un disgusto visible, se dieron un beso en cada mejilla, con desdén. Dos animales escarbaron la tierra con sus patas traseras al mismo tiempo. La perra miró hacia la acera de enfrente. El perro se acercó a las piernas azules del pantalón de su dueña y no se volvió para oler a su conocida.

Las dos figuras se separaron. Los perros se iban a extrañar. Cuando la arquitecta se acercó a la puerta de su edificio pensó en la vida mientras fumaba. Su perro tosió por el humo del cigarro. Habían pasado unos quince minutos de aquel encuentro. El perro fue hasta el jardín del vecino. Había unos tallos de rosa recién cortados y los olió con placer y curiosidad. Buscó no pincharse, y metió más la cabeza entre las ramas tumbadas.

Su dueña lo miró con agrado y asintió mientras aplastaba la colilla de la breva, firmada con el lápiz labial, y a medio fumar, contra el piso. Por la calle aparecían dos grupos de corredores asiáticos. ¿Serían los japoneses? ¿O los chinos? No sabía. Los observó mientras corrían con calma por el borde de la calle.

Pensó en la perra y en la abogada. Era noviembre, la primera semana del mes, y Nueva York se prepara para recibir el invierno.

ÍNDICE

- mañana pudiera ser la cuarta vez / 9*
- Artefactos / 11
- Cuestión de perros / 15
- Virtual / 21
- si no es hoy, no podrán / 31*
- Jazzmanecer o devuélveme la perla / 33
- en un oscuro apartamento del reparto Flores / 47*
- Domingo, diez pe eme / 49
- yo lo sabía / 65*
- Historia de Juandormido / 69
- no pudieron llevarse mis palabras / 97*
- Píntate los labios, María / 99
- amanece o no amanece / 113*
- Nené traviesa / 115
- no pudieron llevarse mis palabras / 127*

